



TIEMPO ORDINARIO

XII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“NO TENGAN MIEDO”

Luis Fernando Crespo

Lecturas: Jeremías 20,10-13; Romanos 5,12-15; Mateo 10,26-33

Después del tiempo litúrgico de cuaresma y pascua y de las fiestas de la Trinidad y del Cuerpo de Cristo, las lecturas de los domingos toman el curso del llamado “tiempo ordinario”. Éste está estructurado en tres ciclos A-B-C que se van alternando con los años. En cada uno se privilegia la lectura de uno de los evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas. En este año corresponde seguir el ciclo A y por tanto iremos leyendo el evangelio de Mateo. Las otras dos lecturas de cada domingo se eligen con diferente criterio. Para la primera se elige un texto del Primer Testamento que pueda relacionarse con el contenido del evangelio de ese domingo. La segunda lectura toma un texto del Segundo Testamento, generalmente una carta de Pablo, de la que se van tomando extractos durante varios domingos.

El evangelio que hoy leemos se sitúa en el contexto de un “discurso” de Jesús a los recién elegidos apóstoles antes de enviarles en misión a anunciar el Reino de Dios realizando los signos que a él mismo le habían visto realizar (10,1-8). El capítulo recoge una serie de recomendaciones y advertencias a los discípulos. Les previene de incomprendiones y de persecuciones, que irán encontrando en ese momento y seguramente más tarde, como en el tiempo en el que Mateo escribe para sus comunidades, que habían sido perseguidas y expulsadas de la sinagoga.

Las incomprendiones y persecuciones pueden desalentar y atemorizar a los discípulos, paralizando la misión encomendada. El recuerdo de la entereza y de las palabras de Jesús servirá de ánimo para no sucumbir en el desaliento o en el temor. Unas líneas antes les había recordado cómo él mismo fue rechazado y hasta calumniado y les advierte: “no está el discípulo por encima del maestro... Si al dueño de casa le han llamado Beelzebú...” (10,24-25 en alusión a una crítica de los fariseos en 9,34).

* Ciclo A

El discípulo debe aprender a mirarse y comprenderse en referencia al maestro. Es la clave del “seguimiento” al que como cristianas y cristianos estamos llamados.

Seguir a Jesús es continuar su misión y su práctica respondiendo a las situaciones y desafíos de cada momento y circunstancia: hacer presente el Reino de Dios con palabras y acciones que, a la manera de Jesús, acompañan y consuelan, que dan aliento y ánimo para vivir con alegría, crear vínculos de fraternidad, pero también con crítica e indignación ante la injusticia, desprecio y abandono de personas que no son tomadas en cuenta a la hora de tomar decisiones y diseñar las instituciones que deberían asegurar el bien común, como estamos viendo en la actual situación de la pandemia.

Nunca ha sido fácil seguir Jesús con coherencia. Por una razón muy sencilla. Se trata de seguir a alguien que por su manera de vivir, hablar y actuar terminó crucificado. Como lo calificó bien el teólogo Metz el recuerdo de Jesús es “memoria peligrosa”. Además no se trata de seguirlo y testimoniarlo de manera privada, o en el ámbito de lo religioso. Al contrario: “lo que yo les digo en la oscuridad, díganlo ustedes a la luz; y lo que oyen al oído, proclámenlo desde las azoteas”. Anunciar y hacer presente el evangelio del “Reino de Dios y su justicia” y todo lo que significa, tanto de denuncia como de afirmación de verdadera igualdad y fraternidad, tiene una dimensión pública irrenunciable. Por eso mismo resulta peligroso, como, por otra parte, lo muestra bien la experiencia martirial de quienes entre nosotros trataron abiertamente de vivirlo.

Jesús, previniéndoles y adelantándose, les conforta con triple insistencia: “No les tengan miedo, “no les teman”, “no teman”. Lo mismo que se le había dicho siglos antes al profeta Jeremías cuando se le confiaba una misión semejante. “no les tengas miedo” (Jer, 1,8). La primera lectura nos ofrece unas palabras de las llamadas “Confesiones”, una especie de diario espiritual del profeta, que comenzaban así: “me has seducido, Yahvé, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido” (20,7), expresión de la intensa y atormentada relación personal de Jeremías con Dios. En su coloquio-oración trasluce su angustia a causa de la persecución, las amenazas y calumnias; pero sobre todo su confianza en el Dios que no le abandona: “pero Yahvé está conmigo, cual campeón poderoso... canten a Yahvé, alaben a Yahvé, porque ha salvado la vida de un pobrecillo”. También Jesús a la exhortación “no teman” añade un motivo para confiar: “hasta los cabellos de su cabeza están todos contados”, nada les ocurrirá “sin el consentimiento del Padre”.

Habría que preguntarnos ¿cuáles son hoy nuestros temores a tomar en serio el seguimiento de Jesús y a continuar anunciando que el Reinado de Dios está cerca y quiere hacerse presente entre nosotros? A veces el temor a no ser bien acogidos en una generación de personas donde lo de Dios ha perdido significación. ¿O quizá es el temor a que anunciarlo implica vivirlo y, por tanto, confrontarnos y contraponernos a proyectos y estilos de vida que, como en tiempo de Jesús, en la práctica se oponen a lo que el Reino de Dios propone: justicia y fraternidad, dignidad, derechos y vida de los pobres? También puede ocurrir que el miedo lo disimulemos con una cierta medio-cridad o tibieza en el seguimiento de Jesús, limando su radicalidad, condescendiendo para no chocar y provocar. En las palabras finales del evangelio leído, Jesús deja las cosas bien claras: “declararse en favor mío” o “negarme”. Es una exhortación a seguir la coherencia y fidelidad con la que él asumió su vida y misión.

En ese camino y en toda circunstancia hay una realidad que nos envuelve y sostiene. Como leemos en la primera lectura tomada de la carta a los Romanos: “la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos” (Rom.5,15). La debilidad y el pecado que nos acechan como posibilidad han quedado superadas por la gracia que nos desborda. Los miedos y las incoherencias son reales, pero estamos llamados a superarlos por la gracia desbordante del Señor que prometió: “Yo estoy siempre con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20).